



Axolotla

Miguel Angel Izquierdo

Mariana Avilés ilustraciones

Primera edición, noviembre de 2018

© 2018. Miguel Angel Izquierdo, por el texto
© 2018. Mariana Avilés, por las ilustraciones

D.R. ©2018. Miguel Angel Izquierdo
Correo electronico: izquier1953@gmail.com

Otros cuentos infantiles y relatos del autor en:
[www.miguelangelizquierdos@wordpress.com](http://www.miguelangelizquierdos.wordpress.com)



Este documento se publica bajo los términos y condiciones de la licencia
Creative Commons Atribución-No comercial-No derivar 3.0 (CC BY-NC.ND).

Axolotla

Miguel Angel Izquierdo

Mariana Avilés ilustraciones





Liz y Fercho son hermanos que viven con su mamá y familiares en los campos de Huitzilac. Por las tardes y los fines de semana, cuando su mamá no puede salir con ellos, les gusta ir de paseo con vecinos, aventurándose por los cultivos y las barrancas cercanas. Cuando eso hacen, cortan frutas de los árboles silvestres para comérselas o llevarlas a su casa, hacen esculturas con el lodo que recogen junto a los riachuelos, realizan competencias para ver quién lanza piedras más lejos, observan a las aves que encuentran a su paso y de vez en cuando, juegan a las escondidas entre los árboles.

A ellos les gusta ir frecuentemente con toda su familia a las Lagunas de Zempoala. Una de esas veces, iban juntos brincando de un lado a otro de un riachuelo y Fercho se adelantó. Liz dio un mal paso, resbaló y metió un pie en el agua, mojándose hasta las rodilla. Mientras Fercho reía de lo sucedido y la esperaba más adelante, una Axolotla que nadaba en el riachuelo se acercó a Liz y le dijo:

— ¡Hola! ¿Me vienes a visitar o me vienes a dañar?

Ella se sorprendió, nunca había visto a una Axolotla y preguntó:

— ¿Quién eres? Seguramente una lagartija que vino a nadar.

— ¡Claro que no soy lagartija! Soy Axolotla. ¿A poco no sabías de mí? ¿No te dijo tu hermano que hace un mes me cortó la cola?

— Pues ahí la tienes atrás, mentirosilla, ya te estoy conociendo, pues tienes cola y estás acusando en falso a mi hermanito.

— No es mentira, lo que pasa es que me volvió a salir la cola.

— Te va a crecer aún más la nariz por volver a mentir.

— No tengo nariz.

— Pues si no tienes, te va a salir y muy grande.

— ¿No me crees, verdad?

— ¡No!

— A las y los axolotes nos vuelve a salir algo que nos corten,

como si reviviéramos, te lo aseguro, así somos nosotras. Tu hermano es malo.

— ¿Por qué te la quitó? ¿Le hiciste algo? ¿Lo mordiste? Se ve que tienes una boca muy grande y dientes muy picudos para tu tamaño.

— No le hice nada, lo saludé como a ti y como que se asustó. Entonces con una vara me cortó la cola, eso me dolió muchísimo.

— ¿Ya ves? ¡Sí lo asustaste!

— Pero no lo hice con esa intención.

En eso Fercho gritó a Liz:

— ¡Apúrate, tenemos que seguirle!

Al oírlo Axolotla, se apuró a comentar a Liz, antes de esconderse entre las piedras del riachuelo:

— No dejes que me vuelva a golpear, te lo pido por favor.

— Verás que no lo permitiré. Me voy, pero pronto vengo a jugar contigo.

— ¡Adiós! ¿Cómo te llamas?

— Soy Liz, amiga Axolotla, ¡hasta luego!

Axolotla se escondió en caso de que Fercho regresara por ella, y quedó más tranquila. Pudo ver en la mirada de Liz que era una niña muy decidida y seguro que cumpliría su palabra. Si otros de sus amigos intentaran molestarla, seguro que ella no los dejaría.

-

Un mes después, Liz y Fercho llegaron nuevamente de paseo, esa vez con tres amigos que iban con ellos a la misma escuela, de cuarto y quinto año de primaria.

Cuando se acercaron a donde había encontrado a Axolotla, Liz imaginó un buen plan para ir a platicar con ella, sin que la interrumpiera.

pieran sus acompañantes: jugarían a las escondidas y ella sería la que contara hasta cien mientras ellos se escondían. Al tiempo de contar, aprovecharía para platicar con su amiga.

Echó a andar su plan, convenció a los niños de irse a esconder y ella encargarse de contar para luego buscarlos, y fue de inmediato a la orilla del riachuelo.

— ¡Axolotla!, ¿andas por ahí?

— ¡Sí! —contestó muy contenta—. ¡Qué bien que me visitas! ¡Creí que te habías olvidado de mí!

— Tenía muchas ganas pero no pude venir antes. Oye, ¿tienes con quien jugar? ¿Tus parientes viven contigo? ¿Dónde viven?

— ¡Uf! Pareces una máquina. ¡Cuántas preguntas juntas me haces! Deja que te conteste una por una, y ten calma que no hablo tan rápido como tú. Mira, los axolotes andamos cada quien por su lado buscando comida, pues ahora tenemos menos alimentos y somos más perseguidos, así que debemos escondernos o nos desaparecen. Muchos de mis parientes ya murieron porque en las barrancas, lagunas o acequias en que vivían, echaron aguas negras o materiales tóxicos o jabones que los ahogaron, o las secaron. Son tiempos muy peligrosos para nosotras. No se vale lo que están haciendo los humanos...

— ¿Y tu mamá y tu papá?

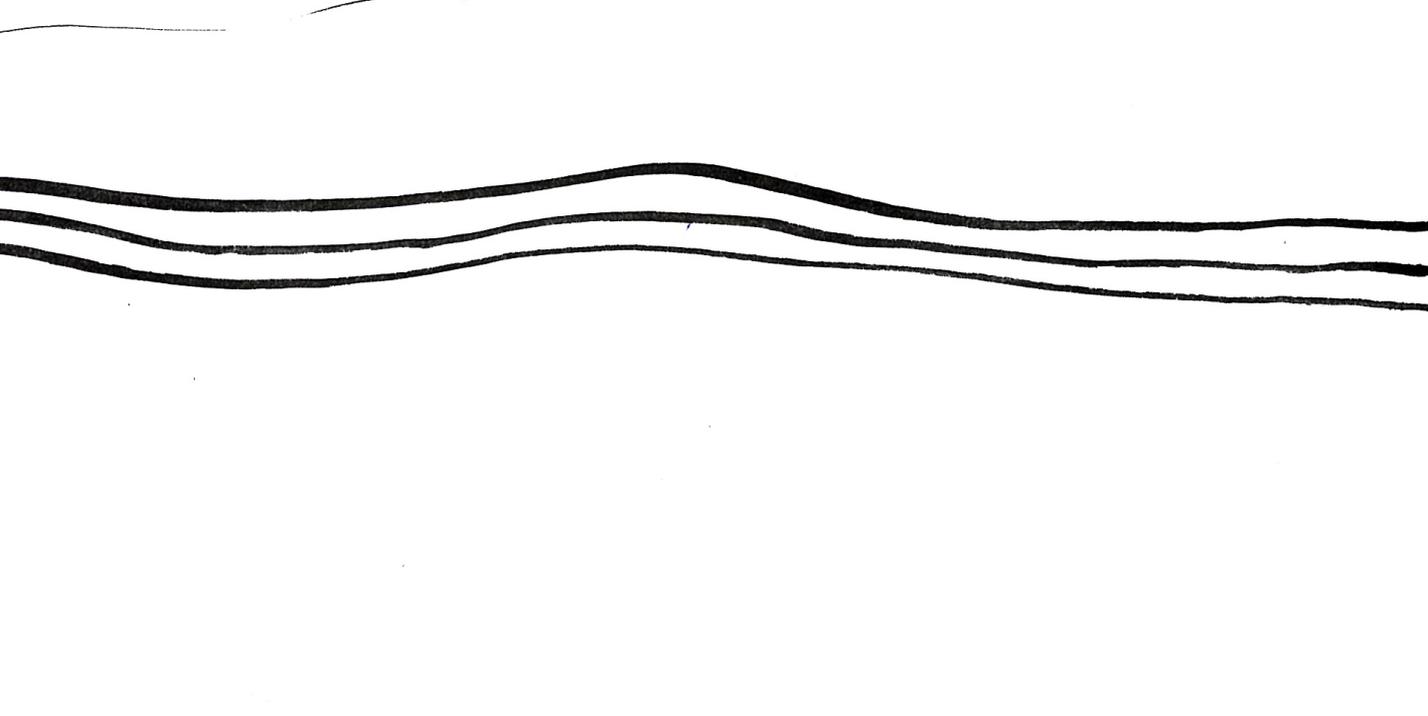
— No sé de ellos, parece que ya no viven pues el estanque en que nadábamos lo destruyeron, tuvimos que huir como pudimos de ahí.

— ¡Ay qué pena!

— Liz, tienes que ayudarme para que no nos desaparezcan de este mundo.

En eso, los muchachos, que ya se estaban cansando de estar es-





condidos sin que Liz los buscara, gritaron:

— ¡Liz, ya búscanos!

Es que ella se había olvidado del juego que inició con ellos. Le encargó a Axolotla que la esperara unos minutos mientras los encontraba y volvía a contar de vuelta.

-

A su regreso, Liz venía preocupada: ¿qué podría hacer para evitar que desaparecieran los parientes de Axolotla y ella misma?

— Ya vine, Axolotla.

— ¡Creí que te habías olvidado de mí!

— Siempre dices eso, ¿cómo crees que me olvidaré de ti si tienes un cuerpo muy chistoso? Tienes cuatro patas y pareciera que tienes también alas, eso no es común. Y apenas me tardé unos minutos.

— Se me hicieron eternos esos minutos.

— No exageres, Axolotla.

— No exagero, Liz, temo que nos dejen sin comida, sin oxígeno, sin casa ni patio para jugar, quiero decir sin agua para nadar. ¿Sí me comprendes?

Liz seguía pensativa, tratando de imaginar cómo convencer a sus amigas y amigos y a más gente para no dañar a los axolotes y hasta hacerles estanques y lagunas para que pudieran vivir en paz y en aguas limpias.

-

Esa tarde, Liz y Axolotla platicaron un par de veces más hasta que Liz tuvo que regresar para pasear con sus amigos. Al despedirse de

Axolotla, le dijo:

— Te prometo que algo haremos para que no desaparezcas ni tú, ni tus amigos y familiares.

— ¡Ay qué bien, Liz, nos harás muy felices y te estaremos muy agradecidos!

Liz era una niña que cumplía sus promesas. A la mañana siguiente Liz ideó hacer una campaña con todo el alumnado de su grupo y preparó para cada quien un escrito de su propia letra que decía: “si me encuentro un axolote lo cuidaré y no dejaré que alguien lo lastime”. Luego pidió permiso a su maestra para platicar a sus compañeros de los axolotes, de cómo vivían y qué les ponía en peligro de extinción.

Cuando expuso, entre sus compañeras y compañeros de grupo, se armó una discusión, pues no todos estaban convencidos de proteger a unos animales tan raros. Una de sus compañeras alegó:

—¿A mí qué me importa que los desaparezcan?

—¿Te imaginas al mar sin peces, al campo sin vacas ni caballos, a los jardines sin plantas, a las calles sin árboles? —fue la respuesta de Liz, y su compañera se quedó imaginando aquellos vacíos. Otros compañeros que pensaban igual hicieron gestos de desagrado.

— ¡Son muy feos y peligrosos! —dijo otro de sus compañeros.

— Ni son feos y menos peligrosos, vean estas fotos con axolotlas bien lindas y amables, son pacíficas y les gustan las niñas y los niños. Estas que parecen alas son sus branquias con las que respiran y sus patitas las hacen parecer lagartijas.

Liz circuló entre sus compañeras y compañeros fotografías con diversas especies de axolotes, y les iba explicando a los menos convencidos cómo viven, de qué se alimentan, y qué es necesario hacer para salvarles. Entre unos y otras se hicieron diálogos más compren-

sivos de las axolotlas y otras especies en peligro de extinción. Poco a poco, fue convenciendo a quienes dudaban de apoyar su iniciativa de cuidarlas.

Cuando vio que ya no había más opiniones en contra o dudas de protegerlos, entregó el escrito que había preparado para todos en su clase y ya que lo tenían en sus manos, les pidió muy convincente:

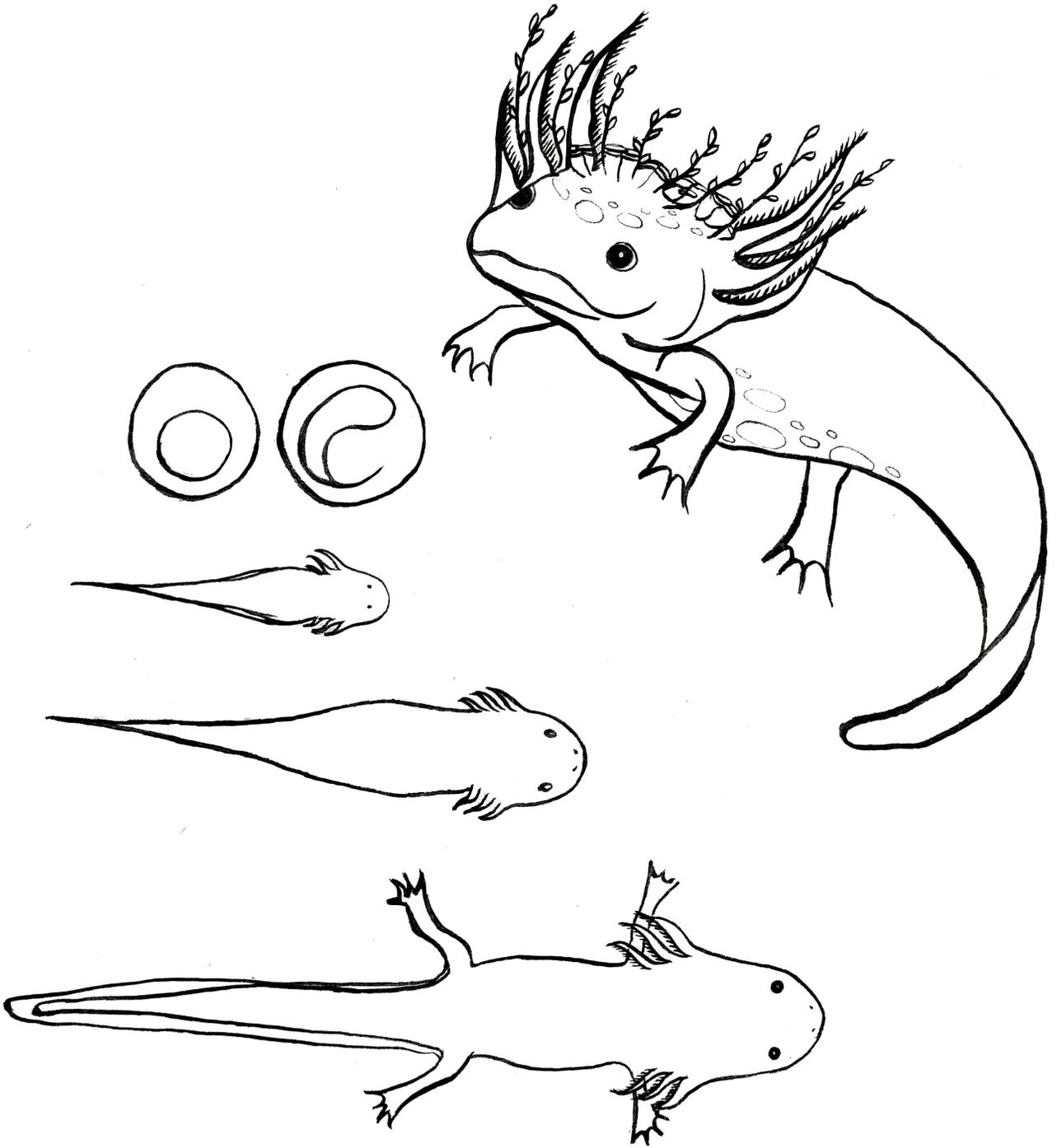
—Ahora pongan su nombre o firma al final del escrito y regrésenmelo. Las hojas las colocaremos en el mural de la escuela con las fotos, para que todos sepan que vamos a cuidar de todos los axolotes de este mundo.

Todos sus compañeros aceptaron cuidar a los axolotes, firmaron el escrito, y enseguida fueron a colocar las hojas en el periódico mural de la escuela.

Al ver y leer los escritos en el mural, otros alumnos y maestros de los demás grupos de su escuela, pidieron a Liz que pasara a contarles de qué se trataba esa campaña, pues les interesaba saber.

Aunque ella no esperaba que eso sucediera, se puso muy contenta del interés de otros alumnos y fue a sus grupos a explicarles sobre el peligro de extinción de los axolotes y, discutiendo con unas y con otras, fue aprendiendo a convencerlos de la importancia de sus acciones protectoras y así fue más fácil lograr que firmaran el escrito que les propuso. Varios de ellos llegaron a sus casas a platicar a sus padres lo que habían firmado y como entre los padres de ellos había maestras, biólogos, comunicadoras, directores de escuelas y personas de muchas actividades, varias pidieron a sus hijos que cuando fueran a dejarlos a la escuela, les presentaran a Liz para hacerle una propuesta. Así, un biólogo comentó a su hijo:

—Invitaremos a Liz a que lleve su escrito a nuestro centro de investigación en anfibios, les dará mucho gusto que niñas y niños



compartan su interés en protegerlos. Seguro que todos lo firmarán.

Una comunicóloga que trabajaba en radio y televisión, dijo a su hija:

— Dile a Liz que le haremos una entrevista en el noticiario nocturno, y en ella platicará lo que está haciendo en favor de los axolotes. Seguro que convencerá a miles de estudiantes de este país de la necesidad de cuidarlos.

Una directora de una escuela Preparatoria que también tenía un hijo, compañero de Liz, le pidió:

— Dile a Liz que en la escuela que trabajo organizamos un Congreso científico infantil cada año, y que ella puede participar en un equipo de ustedes, proponiendo un proyecto de investigación y cuidado sobre las axolotlas. Verás que le irá muy bien y podrá conocer a importantes biólogas y científicos del país que apoyarán su causa.

Cuando se enteró Liz de todas las invitaciones que le hacían, se asustó. Nunca imaginó que su campaña tuviera tan amplia y rápida respuesta, ¡hasta saldría en televisión y en un programa de radio! Viéndola apurada, sus compañeras y compañeros, junto con su maestra, la calmaron y le aseguraron que todo saldría muy bien. Juntos harían todo lo necesario como equipo para elaborar el proyecto y atender adecuadamente las invitaciones que le habían hecho.

Apenas pudo Liz darse un tiempo, pidió a su familia ir nuevamente de paseo a las Lagunas de Zempoala. Ahí aprovechó un momento para comentarle a Axolotla cómo iba preparando sus entrevistas. Llegó a ella corriendo y gritando:

— ¡Axolotla! ¡Axolotla! ¿Qué crees? ¡Te tengo una gran sorpresa!

— ¿De qué se trata, encantadora Liz?

— ¡Adivina!

— ¡Cómo voy a adivinar si no me das siquiera una pista!

— Es sobre el mejor cuidado de los axolotes.

— Mmmm: ¿van a prohibir a los hombres acercarse a las acequias, lagunas, ríos, riachuelos y barrancas?

Liz rió fuertemente y contestó:.

— ¡Cómo crees!

— ¿Les van a cortar los brazos para que no nos lastimen?

Liz se desternilló de carcajadas, imaginando a los hombres y a las mujeres sin brazos.

— ¡Claro qué no!

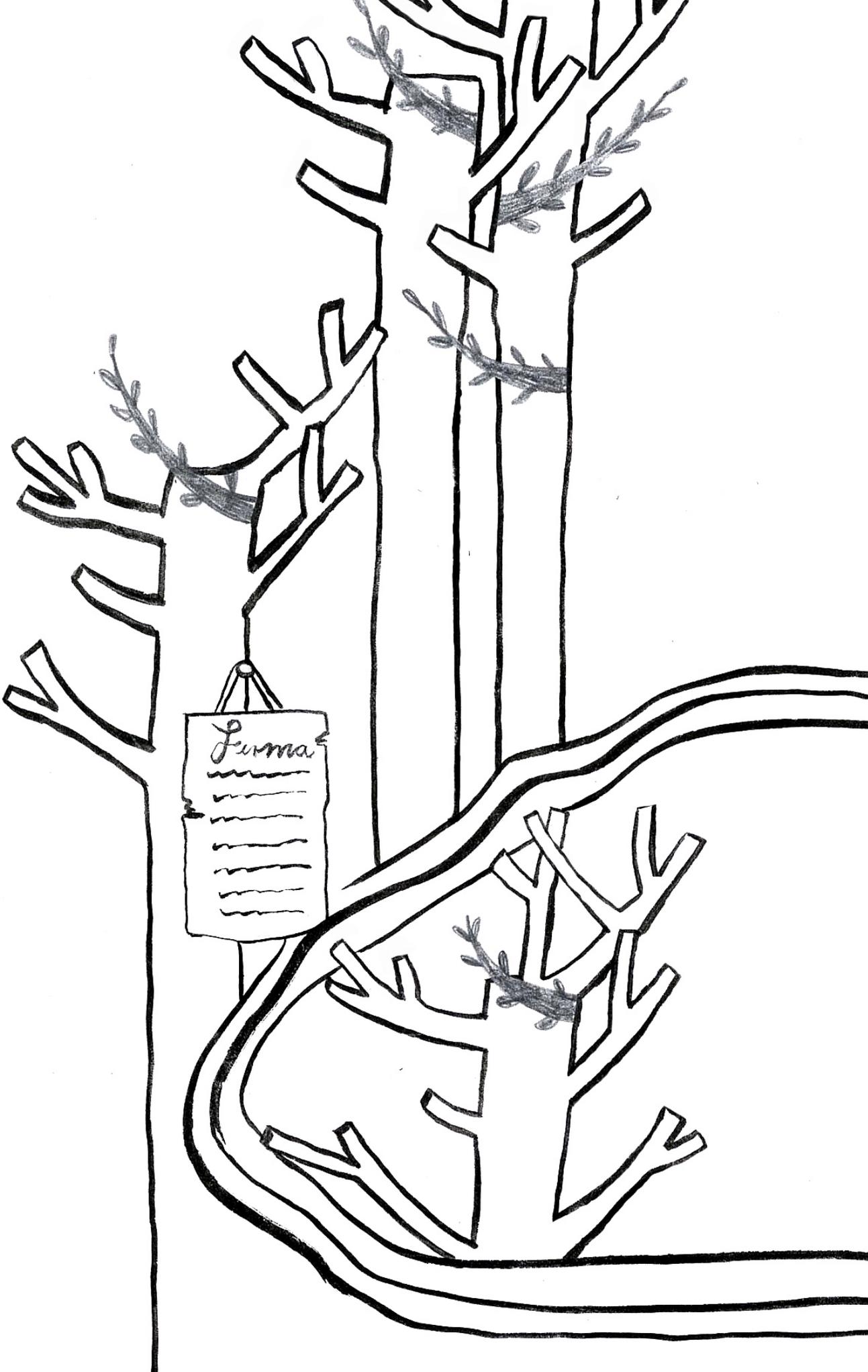
— Entonces no veo cómo tendrán más cuidado de nosotros.

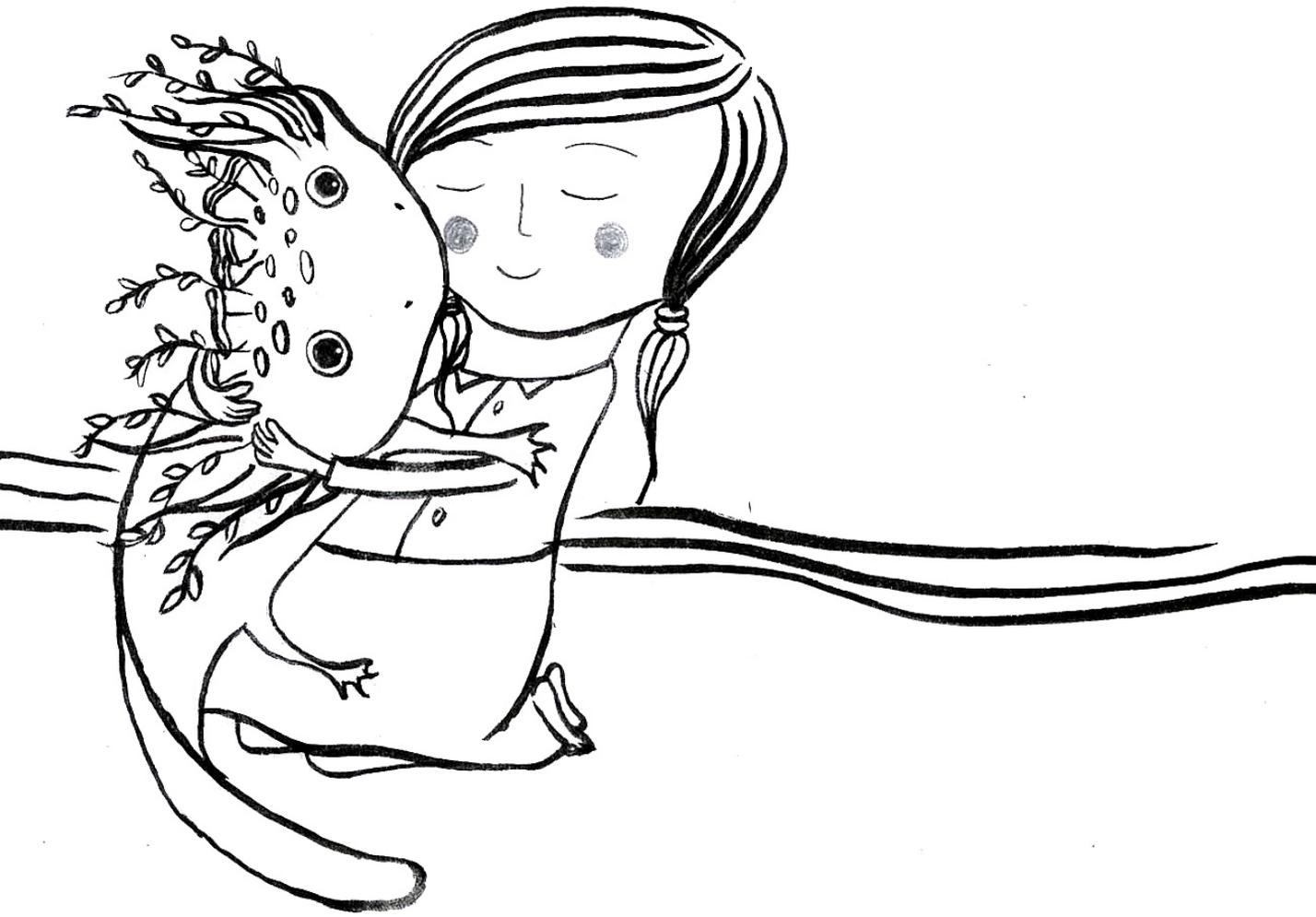
— Mira, déjame contarte todo lo que hemos conseguido en mi escuela para que mucha gente prometa cuidarte a ti y a tus familiares.

Liz se puso a platicar largamente lo sucedido y lo que haría en los siguientes días y semanas con sus entrevistas. Axolotla estaba que no lo creía, la felicitó y le pidió que se agachara para darle un beso fuerte y hasta la abrazó. Eso fascinó a Liz, pues se dio cuenta que estaba recibiendo tanto cariño sólo por dedicarse a cuidar a los axolotes.

Poco después Liz se despidió para regresar con su familia a casa y hacer la tarea como a preparar sus entrevistas y visitas.

Apenas se había ido Liz, Axolotla se dijo: “¿cómo es que una pequeña niña se atreve a tanto y va logrando mucho más de lo que se propone? ¡De verdad que hay personas excepcionales en este mundo!”. Luego se dio un golpe con su brazo en la frente, diciendo: “ah cómo no le dije que los adultos de este mundo pueden hacer mucho por nosotros, si una niña pequeña como ella con su grupo escolar, hacen tanto; la próxima vez que venga no se me olvidará decirle eso para que convenza a los grandes y así le ayuden a protegernos”.





Transcurrieron varios días y Liz con su grupo y luego con otros grupos de su escuela, iban consiguiendo más cartas en que niños, jóvenes y adultos, se comprometían a cuidar a los axolotes dondequiera que los encontraran. Hasta que llegó el día en que la iban a entrevistar en la televisión. Sus papás y ella también, la habían preparado imaginando preguntas que le pudieran hacer y anotando las respuestas que podría darle al locutor. La lista de respuestas era larga, pues ya para entonces sabía mucho de los daños que ocasionaba el crecimiento de las ciudades en la vida de los axolotes, y de otros peligros que enfrentaban.

Era la hora de iniciar la entrevista frente a las cámaras. El programa era nocturno y miles de personas estaban viéndolo, pues habían anunciado que “una pequeña niña de primaria estaba haciendo una campaña formidable contra la extinción de las axolotlas”. El locutor, después de presentarla y explicar por qué la habían invitado, inició el diálogo:

— Te felicito, eres más pequeña de lo que pensaba y ya tienes a miles de personas que respaldan con un escrito el compromiso que redactaste en favor de los axolotes.

— ¿Qué es respaldan? —preguntó ella.

El locutor sonrió y amablemente dijo:

— Es estar de acuerdo con lo que escribiste y firmar el compromiso.

— ¿Usted me respalda?

— ¡Claro que sí! Por eso hicimos este programa televisivo, para dar a conocer tu propuesta.

— ¿Y por qué no han firmado el escrito?

El locutor empezó a sudar, no esperaba que ella le hiciera preguntas, como si ella fuera la locutora y él quien sería entrevistado. Sonrió diciendo:

— Con gusto firmaremos apenas tengamos el escrito con nosotros, pero dime...

Ella lo interrumpió, con cara y brazos de aleccionar a alguien sobre un asunto muy obvio:

— Pues si ya conocen el compromiso, pudieron escribirlo ustedes mismos y firmarlo y dármelo hoy.

El locutor estaba francamente en apuro, sacó un pañuelo para limpiarse el sudor y volteaba a un lado de las cámaras para ver si alguien más le decía a la niña que no hiciera preguntas ni comentarios, sino solamente se dedicara a contestar lo que él preguntara, y siguió:

— Cuenta con eso, pero dime, ¿por qué te dedicas a esa campaña?

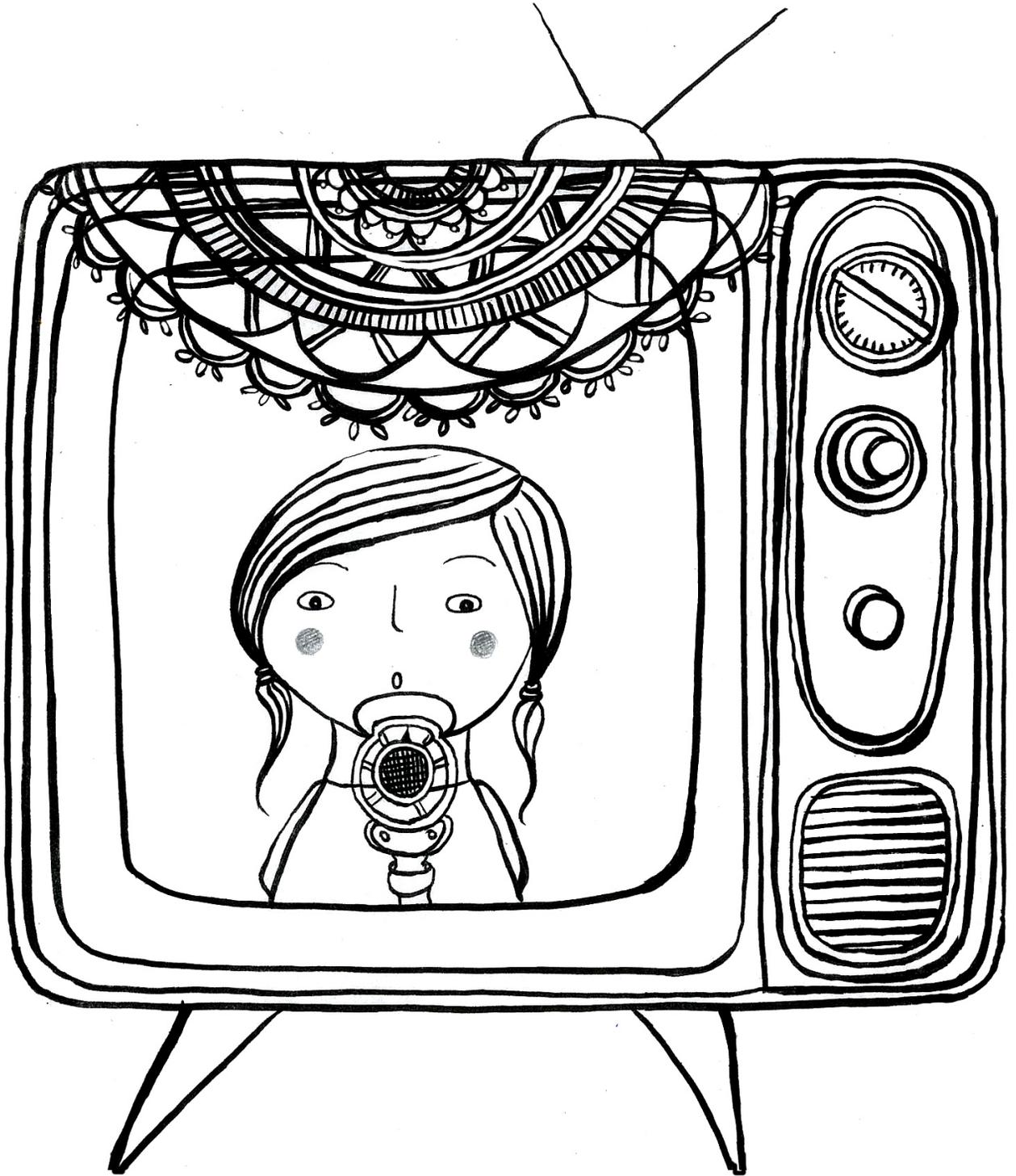
— Porque los adultos no lo hacen y alguien tiene que hacerlo.

— ¿No crees que eres muy pequeña para hacerlo?

— Claro que no, si fuera grande como usted, haría mucho más. Los grandes no tienen que pedir permiso para visitar a otras personas, no les dejan tareas y tienen más tiempo que nosotros. Los grandes dicen que hablan mejor, siempre nos están corrigiendo, pero no están protegiendo a los animales ni a los axolotes ni axolotas. Alguien lo tiene que hacer.

El locutor estaba sumamente incómodo y mientras ella hablaba, él intentaba interrumpirla para que no le hiciera más preguntas o le pidiera hacer lo que no había hecho. Él siguió preguntando:

— ¿No te cansas de andar en esta campaña?



— ¡No, me divierto mucho! Además hay muchos niños más de mi escuela que hacen cada uno algo por cuidar a los axolotes. Los niños no nos cansamos, sólo los grandes.

Por esas respuestas comprometedoras, al locutor le urgía terminar la entrevista, incluso antes de lo que estaba programada, por eso aceleró la entrevista:

— Para despedirnos, ¿quieres comentar algo a nuestro público?

— Sí, que se junten para escribir y firmar la cartita en que nos comprometemos a cuidar a los axolotes y a tantos seres en peligro de extinción, así como usted se comprometió, y que sigan juntando firmas en sus escuelas y en sus trabajos...

En eso el locutor la interrumpió alzando la voz para dar por terminado el programa. Ella hubiera seguido hablando pero él no le dio más oportunidad.

Al domingo siguiente, Liz y Fercho convencieron a su familia para visitar las Lagunas de Zempoala y ellos dos fueron directamente al riachuelo donde vivía Axolotla para platicarle lo que habían logrado hasta entonces en su campaña. Apenas lo hicieron, ella, con los ojos muy abiertos de admiración, les agradeció así:

— ¡Estoy que no lo creo! Fercho me viene a ver contigo y a contarme de todo lo que han hecho para ayudar a cuidarme a mí y a mi familia, tú poniendo en apuros a los adultos que no hacen nada por proteger a los animales en peligro, y todos los alumnos de tu escuela apoyando la campaña. ¿Quién lo iba a creer hace apenas unas semanas? Acérquense, tenemos que celebrar con unos abrazos muy fuertes.

Se acercaron hasta estar junto a ella y Axolotla subió primero a las piernas de Liz, abrazándola, y luego a las de Fer, haciendo lo mismo, y por último pidió abrazarse entre los tres.

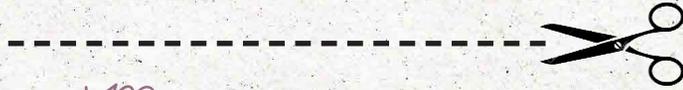
—Somos un gran equipo, —comentó—, verán que conseguiremos salvar a todos los axolotes del planeta.

Liz se puso pensativa, imaginando cómo podrían lograr ese más ambicioso compromiso, mientras se abrazaba con Axolotla y Fercho. Sabía que era posible y tenía confianza en que los demás siguieran las iniciativas que pronto tendría para lograrlo. Así, feliz, regresó con Fercho a su familia.

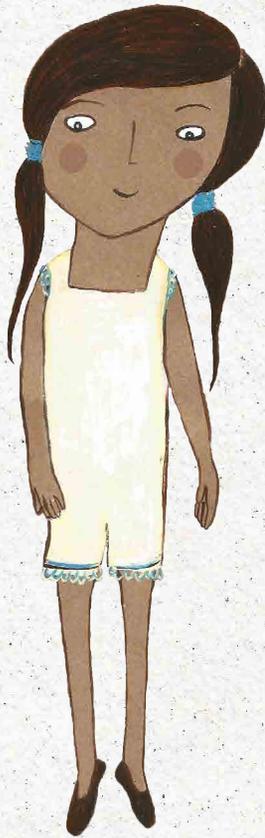
¡Sus caras lucían victoriosas!

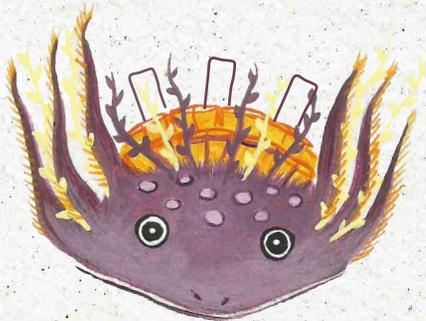


Axolotla



Miñequita para recortar





Miguel Ángel Izquierdo Sánchez. San Luis Potosí, SLP, 1953.

Es autor de nueve cuentos infantiles publicados: Caballo Alazán tostado, En el corral de mi abuelito, Sonrisete, Las gemelas caramelas (bilingüe), El susto de Neto, Mi papá descubre la verdad, Los gigantes de Casa de Piedra, Versos escondidos y Axolotla.